

4-47 [Cap. VI. 2ª parte. "Recuerdos de un día y de una noche"]

Tiempos medios. VI.

("El Mercurio". Suplemento literario, Bilbao, 4 abril 1892).



Tiempos medios

4-47

VI

La más pura poesía humana es inaccesible á quien no haya pasado alguna vez en su vida por crisis más ó menos mística, por efimera que fuera.

Cuando al entrar en la vida se nutre el alma de altos pensamientos ultramundanos, aunque parezcan inadecuados á la ternura de la niñez, obran sobre el alma infantil, vaso de gracia, más eficazmente que en alma adulta. Como en los pueblos nacientes, en las almas que se abren á la vida aparece augusto el misterio del mundo, más vivificantes los reflejos de la aurora y más solemnes las sombras de la noche.

Más tarde, en el torbellino del mundo, saca el espíritu fuerza de aquél vigoroso alimento que le hace fuerte, como á Hércules le hizo el tétano de león de que de niño se nutrió.

Si la vida del hombre es trasunto y espécimen de la vida del género humano, no puede tenerse por verdaderamente culto quien no haya, por lo menos, pasado por un periodo sinceramente religioso, que aun cuando tenga la desgracia de perder su perfume, su jugo le vivificará.

Los pensamientos más inmensos y fecundos no son los que brotan en fórmulas concretas de las inteligencias excelsas; son los que como nubes se forman en el cielo con los vapores que exhalan los corazones puros, y bajan á visitar y encarnar en los espíritus humildes.

Eterna memoria y fecundo surco dejó en mí la Congregación de San Luis Gonzaga, á que pertencí. Como reliquia guardo el oficio en que se me notificaba haberme nombrado secretario de su junta directiva, y de entonces data la preciosa amistad que me une al que fué durante algun tiempo su director.

Nos reuniamos los domingos á la mañana en la plazuela de la Encarnación, y en el templo de este convento oíamos la misa. Había



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.SAL.ES

4.5.2/27

1-42



comunion mensual.

La Congregacion nos daba qué pensar y en qué ocupar nuestra imaginacion. Nunca olvidaré los cabildeos que armamos en una renovacion de junta, cuya votacion fué en un departamento de la misma Encarnacion.

Pero de lo que me ha quedado recuerdo más íntimo y hondo, es de las seisenas.

Era el anochecer, en el claustro llamado el Angel, de la basílica de Santiago. Cuando entrábamos en él se veía algún bulto negro acurrucado en la sombra, junto á los confesionarios, se oia algun leve cuchicheo, alguna tos solitaria. Muy luego se iban las mujeres.

Iba cerrándose la sombra, filtraba un poco de la luz derretida del crepúsculo moribundo por las ventanas de colores, y nosotros llenos de las mil nonadas del día, nos colocábamos en nuestros asientos y empezaba la seisena.

El director, á la luz de una bugia, único y débil lumínar que ardia en las sombras, leia un trozo de la meditacion, cesaba, empezaba el armonium y cada cual echaba á volar su fantasia, quién por el tema propuesto á meditacion, quién por otro campo cualquiera.

Era la imaginacion, no la razon, aún debil, la que meditaba. No hay cosa más hermosa que una imaginacion infantil cuando medita! Al arrullo del armonium se mecía en sus sonos lentos, arrastrados y graves que rebotaban por el claustro.

No era la severa contemplacion del destino del hombre ó del misterio de ultratumba, eran viajes de la fantasia al encantado campo de los ensueños. No hay quien no se haya representado á sí mismo en un ideal, quien no se haya traído al escenario de su propio espíritu, viéndose ora como hombre opulento disponiendo de sus riquezas; ora como poderoso guerrero dirigiendo sus huestes, oyendo el fragor de la batalla y el tumulto de los combatientes; ora como orador, escuchando el rumor de los aplausos y oyéndose perorar; ó en mil otros papeles levantados. Y ¿quién alguna vez no ha soñado ser santo?

Era una edad en que la mente no podia aún fijarse en el misterio tremendo del mal y de la muerte; era una edad de frescura en que la imaginacion se dejaba mecer en la poesia esquisita de la vida de santidad; era una edad

1.5.2/27



1-47



en que se aspira el perfume de la flor sin gustar el jugo del fruto del misticismo. Era una edad como la edad en que en medio de misterios, penetra al alma la serenidad de la vida y solo se imagina la muerte en remota lejanía, confundidos sus confines con los de la vida, como cuando bajo el sereno cielo parece el mar continuarse en él.

Los ojos iban acostumbrándose á lo oscuro del claustro, y al salir á la calle, el aire y el bullicio penetrando por las ventanas del alma la turbaban, volviéndola al carnaval incesante de sensaciones fugitivas; parecía que salía á flote y sentía un pesar grande al ver hundirse aquél otro mundo entrevisto por la imaginación, mundo de quietud, mar sin orillas.

Algunas veces me recogía, procuraba cerrar las ventanas del alma, llegaba á casa, cenaba, y en la cama reanudaba mis fantasías hasta que vencido por el sueño me dormía como un bendito.

Era día solemne el día de la fiesta de San Luis. Aún recuerdo un año en que el entonces párroco de Santiago, señor Ibargüengoitia, nos llamó ovejas un sin fin de veces y nos habló de los pastos espirituales. ¡Sencillas y antiguas metáforas que hacen reír á muchos!

Aún recuerdo cuando en las procesiones de Pascua nos íbamos con la cinta y la medalla al cuello, con nuestras hachas, cuya luz, á la mayor claridad del día, bajo el sol radiante, no alumbraba, sino que ardía pura y como trasparente consumiéndose en homenaje.

La renovación de junta nos dió mucho que hablar durante unos días y las reuniones de la directiva eran un verdadero acontecimiento para mí, así como el extender su acta, que corregía el director.

Todos los cabildeos y secreteos de unas elecciones de diputados á córtes, no valen nada al lado de los nuestros cuando aquella renovación de junta. Tardes enteras de paseo consumíamos tres ó cuatro amigos en hablar de ello, y habia citas, conjuraciones y conspiraciones ocultas.

Una vez constituidos en junta y triunfantes en el sufragio, ocurrió pronto el magno suceso. A cuenta de si se publicaría ó no la cantidad con que cada congregante se suscribiera á la



150/20

197



confeccion de un nuevo estandarte, surgió la diferencia, la batalla fué corta pero desastrosa para nosotros; el director impuso su veto, dió un golpe de Estado, y entronizó el cesarismo. «Habrased visto! ¿Para eso nos reconocen derecho de sufragio, y salimos de junta, y celebramos sesiones, y votamos en ellas, y se levanta acta? Para eso? ¿Somos ó no una asamblea legislativa? Si somos un cuerpo meramente consultivo, estamos de más; si tenemos autoridad para legislar, el acto del director era un golpe de cesarismo, un atentado á la soberanía nacional.»

Y aún recuerdo también la profunda indignacion y el hondo desden que me produjo el que un chico me dijera que todos los congregantes éramos unos carlistones y que aquello no era más que carlismo puro. Me parecia imposible tan profunda necedad, que en este, como en otros casos, atribuia á la deplorable ignorancia que respecto á cosas religiosas leia yo que aquejaba á los hombres frívolos y mundanos. Y cuanto más á los chicuelos que no se nutrian de solitarias fantasias!

Hé aquí como en aquella misma Congregacion, junto á los fecundos y encantados ensueños que fomentaban sus seisenas y ejercicios, halle la primer materia de ideas mucho más rastreras y mundanas.

Y de ella saqué otro fruto, y es la amistad sincera y valiosa de aquél director *dictatorial*, de mi buen don Juan José Lecanda, á quien

pido perdon por haber sacado indiscretamente á luz sucesos de aquellos felices dias.

MÍGUEL DE UNAMUNO.



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES

15.2/27